

Deseo
Liam O'Flaherty
Traducción de Antonio Rivero Taravillo

colección otros latitudes



Nórdicalibros

DESEO

Liam O'Flaherty

Traducción de Antonio Rivero Taravillo



Título original: *Dúil*

El editor reconoce la ayuda económica recibida para la traducción de Ireland Literature Exchange (translation fund), Dublin, Ireland www.irelandliterature.com
info@irelandliterature.com

© Publicado originalmente en irlandés. Obra publicada con autorización de Cló Iar-Chonnacht, Indreabhán, Co. na Gaillimhe, Ireland

© de la traducción: Antonio Rivero Taravillo

Edición en ebook: marzo de 2013

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-15564-59-1

Diseño de colección: Filo Estudio

Corrección ortotipográfica: Juan Marqués y Ana Patrón

Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Autor

DESEO

EL HALCÓN

LA ROCA NEGRA

EL ESPEJO

LA VIDA

LA MUERTE DE LA VACA

UN TRASTORNO

EL GOLPE

POBRES GENTES

LA FOCHA

EL TRAJE NUEVO

EL RATÓN

UN ROCE

LA FERIA

LA CAZA

LA LAGUNA ENCANTADA

VENGANZA

LA ESTAFETA

NOTA DEL TRADUCTOR

CONTRAPORTADA



Liam O'Flaherty

(Inishmore, 1896 - Dublín, 1984)

Escritor irlandés. Vivió en varios países del mundo, desde Brasil hasta Estados Unidos, en los que tuvo experiencias y trabajos muy diversos. Regresó a Irlanda en 1921 para recuperar el contacto con la gente y los lugares de su infancia. Inició entonces una larga e intensa carrera literaria que le convirtió en una de las figuras más representativas de la narrativa irlandesa contemporánea.

Sus obras, caracterizadas por una gran riqueza verbal y por un estilo ágil, retratan las clases populares de la ciudad de Dublín, así como a la gente del campo irlandés. Sus

historias y sus conocidos relatos se estructuran a menudo alrededor de la figura de un protagonista, generalmente caracterizado por una fuerte personalidad rebelde, que se opone a los vínculos morales, políticos y sociales que el ambiente le impone.

John Ford llevó al cine su novela El delator.

DESEO

Un niño se hallaba jugando con un sonajero sobre la alfombra junto a la silla en la que estaba sentada su madre, leyendo un libro. Soltaba un gritito de alegría cada vez que oía el sonido musical que salía del instrumento al agitarlo. Después, el sonajero cayó de sus manos. Pasó unos segundos deslizándose y dando vueltas por todo el suelo. El niño cayó sobre su vientre cuando se estiró para coger aquella cosita deliciosa.

El repentino contacto con la dureza del suelo le dio ganas de emitir un chillido. No era el dolor que sentía la única causa de sus ganas de chillar. Un instinto natural le impelía a llamar violentamente a su madre cuando tenía necesidad de ayuda. Pero aunque abrió la boca, al final no dejó salir el berrido. En este punto, tendido sobre su vientre y con la cabeza en alto, vio una cosa maravillosa que le infló de alegría los rechonchos mofletes.

Un rayo de sol se extendía por el suelo a unos diez metros de él. Llegaba a través de una alta puertaventana, completamente abierta, que daba al jardín. El hermoso rayo estaba suspenso en el aire, y caía desde el techo al suelo, como si fuera una cortina de seda en la que resplandecían miles y miles de joyas.

Sin advertir lo pequeño de su cuerpo, contempló esta maravilla durante un minuto, mientras un ancho arroyo de agüilla le goteaba de la boca sobre el babero atado bajo su cuello. Luego, la codicia de aquel objeto le produjo un estertor en la garganta. Alargó su mano derecha para alcanzar la resplandeciente belleza. Cuando cerró con vehemencia los pequeños dedos, estos no cogieron sino el aire vacío. Perdió el equilibrio y después cayó de costado.

Sin embargo, el repentino impacto contra el duro suelo no le produjo ahora ganas de gritar. Sentía tanto arrobo al contemplar la cortina de joyas, con los grandes ojos abiertos, que no prestó ninguna atención al dolor. Se quedó así frente al prodigio, hasta que se fortaleció tanto su deseo que ya lo único que quería era satisfacerlo. Empezó a codiciar, con cuerpo y alma, asir firmemente la belleza aquella. Se levantó él solo sobre sus manos y rodillas, con un gran esfuerzo de voluntad y energías. Sacó duramente la mandíbula inferior y avanzó con vehemencia hacia la cortina de luz.

Nunca antes había probado a gatear. Fue por eso que al punto sintió un intensísimo dolor en las extremidades. Su corazón empezó a latir aceleradamente. El desacostumbrado ejercicio le hizo marearse. No había dado ni unos dos pasos cuando sus brazos no pudieron soportar ya más el peso de su cuerpo. Cayó de bruces sobre el estómago.

Se le ocurrió que era el momento de dar otro grito para pedir auxilio. Abrió la boca, pero ningún sonido salió de su garganta. Su deseo era más fuerte que su aflicción. Extendió las manos, agarró firmemente la alfombra y tiró de su cuerpo hacia adelante otro gran trecho, acercándose a la cortina milagrosa. Después se concedió un descanso durante un rato, hasta que el afán volvió a atacar y sintió la necesidad de alzarse del suelo para seguir gateando.

Avanzó cuatro pasos en este intento, de una sola y descomunal acometida. Cuando cayó, se había quedado completamente sin aliento. Sus brazos y sus piernas se estremecían de dolor. Después de esto le dio igual el dolor y la pequeña amenaza temerosa que se estaba apoderando de su mente, diciéndole que abandonara este viaje peligroso y llamara a su madre. La maravilla resplandeciente ya solo estaba a tres pasos de él, poniendo magia ante sus ojos con su divina belleza. Volvió a levantarse, apurando las pocas fuerzas que le quedaban en

un último intento. Y avanzó, palmo a palmo, sin respiro, hasta que llegó al lugar sobre el que creía que colgaba la hermosa cortina.

¡Ay! Cuando quiso tocar la luz resplandeciente, sus ojos vieron atónitos que no había nada flotando en el aire. Ya nunca más se supo de la rutilante cortina que lo sedujo con la belleza de sus joyas. Era la luz tan fuerte que tenía que guiñar los ojos para ver, con el corazón roto, buscando aquí y allá la belleza que había perdido. Entonces vio la ventana abierta que daba sobre el jardín. Cuando miró a través de ella, su corazón se le heló, estupefacto ante la terrible magnitud del mundo exterior.

Lejos y más lejos se extendía la superficie del mundo ilimitado, más allá del florido jardín: abajo, a través de un gran valle profundo cubierto de árboles; arriba, sobre altas montañas cuyos picos azules se unían a la poderosa cubierta del cielo, y una gran joya resplandecía allí arriba, como si fuese un ojo de Dios.

Se quedó traspuesto unos instantes, atemorizado, contemplando esta nueva maravilla que escapaba a su comprensión. Después cerró los ojos, protegiéndose de la luz del sol. Con la oscuridad, la amenaza del temor volvió a apoderarse de su mente. Pero ahora le prestó atención y se desvaneció su deseo. Ya sí que notaba los dolores que atormentaban su cuerpo. Se dio cuenta de que había andado un gran camino hasta este lugar en el que se hallaba solo. Entonces empezó a llenarse de terror, abrió la boca y se puso a chillar.

Su madre dejó caer el libro y corrió apresuradamente hacia él. Lo cogió en sus brazos y lo besó con cariño. Él estuvo dando alaridos mientras lo llevaba a la silla, y no se calmó hasta que ella se sentó poniéndolo en su regazo. Cuando empezó a tararear una canción en voz baja al mismo tiempo que lo mecía suavemente, desapareció el miedo y se quedó callado. Entonces, la madre recogió el sonajero del suelo y lo agitó ante él. Una risita asomó a su

boca, y tomó el instrumento con sus dos manos. Y empezó a agitarlo.

Aquí, junto al vientre en el que halló el ser, se hallaba ajeno al dolor y a los peligros de la vida. Ahora lo hechizaba la melodiosa voz de su madre; pero ahora se trataba de una seducción silenciosa y placentera. Desapareció completamente de su memoria el recuerdo del daño soportado mientras realizaba su gran expedición a la puerta del mundo. Se sosegó y le inundó la pereza. Estiró largamente las piernas, dio un prolongado suspiro y se apretó contra el cuerpo cálido y acogedor de su madre. Y empezó a soñar con sus grandes ojos azules abiertos de par en par.

Vio otra vez la cortina resplandeciente, y sintió la alegría que el baile de las joyas trajo a su corazón. Vio la formidable magnitud del mundo que se extendía fuera de la ventana, más allá del jardín florido y del gran valle con sus árboles, hasta las cumbres azules de las colinas. Vio el ojo deslumbrante de Dios estallando arriba en la vastedad del cielo. Cuando finalmente cerró los ojos, al quedar dormido, lo sacudió el deseo de partir del vientre materno a otro viaje, a través del mundo que había tras la cortina resplandeciente, etapa tras etapa, hasta el final de su vida corpórea, cumpliendo el deber de la raza humana, con miedo, pesar y alegría, por jardines floridos y valles remotos, hasta las cimas de las montañas en el extremo del cielo y aún más arriba, hasta encontrarse ante el ojo de Dios.

EL HALCÓN

Se elevó sobre el borde del acantilado, volando con veloz vehemencia, y se internó en las más elevadas alturas del cielo, dando vueltas y vueltas alrededor de una larga meseta, hasta que notó que las brumosas regiones bajas de las nubes le helaban y mojaban el lomo. Después bajó directamente en picado a tierra.

Aunque ahora no daba sino algún ocasional batir de alas, sin propósito, dejándose caer perezosamente para aprovechar las corrientes de aire, suspenso en el techo del mundo, el ímpetu y la gula mortal del halcón lucían en sus ojos amarillos; estos observaban con atención la resplandeciente superficie de la tierra que se extendía bajo el vientre vacío del cielo, sin que ni siquiera lo más mínimo se pudiera ocultar a su vista terrible.

Brilló el sol un momento sobre su lomo cuando pasaba entre dos nubes, a través de la claridad del aire. De nuevo no hubo sino una humedad invisible que se movía sin hacer ruido entre la bruma, un hermoso pájaro mortífero, sin piedad ni miedo en su corazón, que buscaba una presa en el magnífico amanecer.

Se sobresaltó de repente y, cuando vio una alondra que venía hacia él más abajo desde un verde prado, con el rocío resplandeciendo sobre el lomo del ave canora bajo la luz transparente, se puso en movimiento en el mismo instante en que posó su vista sobre la presa. Reunió toda la fuerza de la que fue capaz, y directamente sobre la alondra, que se fue. Entonces empezó a dar vueltas lentamente, sin agitar las alas desplegadas y con los ojos hinchados de deseo. Su piel temblaba bajo el denso plumaje, como un perro que vigila una madriguera.

La alondra ascendió torpemente al principio, sin emitir más sonido que un trino esporádico, sin ritmo y entrecortado. Después empezó a cantar hermosamente, a plena garganta, y se elevó en línea recta sin dificultad, como si el don de su voz la remontara en el firmamento. Ahora volaba como hacen las mariposas, con un ligero batir de alas. El cielo se llenó de su música.

El halcón esperó a que la alondra estuviera casi fuera de su alcance. Entonces apuntó sobre ella y descargó su fuerza. Se lanzó desde lo alto de las nubes como si fuera un meteorito. La música se interrumpió en su garganta cuando la otra vio que el halcón se aproximaba. Dejó escapar un grito y viró a un lado. No es exacto decir que tuvo la suficiente rapidez como para poder evitar el ataque letal. El golpe casi acaba con su vida. Encogió las alas y se dejó caer de cabeza, tratando de alcanzar el suelo, antes de que su enemigo le asestara un segundo golpe. Dejó un puñado de plumas arrancadas de su cola flotando tras ella en el aire.

Cuando el halcón vio que estuvo a punto de matarla en el primer intento, desplegó sus alas y las dispuso contra el viento para evitar su acometida. Entonces volvió a dar una vuelta sobre su presa, apuntó velozmente y descargó su fuerza. En esta ocasión no tuvo oportunidad la alondra de hacer nada para esquivar el golpe. Pereció en el mismo momento de ser golpeada. Se desplomó, con las alas inertes y la cabeza colgando del largo cuello y garganta, que solo unos breves instantes antes emitían una hermosa música.

Dejó el halcón que cayera la alondra, alrededor de la cual daba vueltas y más vueltas a una corta distancia, cerniéndose muy de cerca sobre ella, hasta que ambos tocaron tierra sobre un bancal de fina arena junto a un río. Allí el ave combativa se posó orgullosa sobre el pecho de la alondra muerta. Permaneció así detenida durante un rato, con los ojos casi cerrados, la lengua pendiendo obscena del

pico y el corazón latiendo con fuerza bajo los negros barrotes de su costillar. Cuando hubo descansado, asió con las garras el cadáver y alzó el vuelo, y allí que se fue entonces hasta su nido, donde se hallaba empollando su pareja.

Habían anidado en un lugar majestuoso, en el interior de una mole amarillenta bajo la ladera protuberante de un gran precipicio, en un punto que estaba sobre una larga y estrecha ensenada. Se alzaba a tal altura sobre el mar que el rugido iracundo de las olas apenas era un quedo susurro cuando alcanzaba la cumbre. No se oía ningún otro ruido en aquella alta hendidura que se elevaba directamente sobre el agua; una losa caliza se había desmoronado encima de otra losa parecida, cuatrocientos pies más abajo. Dos meses antes, una gran multitud de pájaros habitaba en la ensenada; todo tipo de pájaros se podía ver anidando en la parte inferior de la pared del acantilado. Allí aterrizaron los dos jóvenes halcones, procedentes del este, para aparearse, urgidos por la voluptuosidad.

Aterrorizados, los pájaros del acantilado permanecieron observando la competición sexual de los halcones desde que alboreó hasta que el sol se halló en lo alto; estos hacían ataque tras ataque de amor por el aire encima de la ensenada; arrojándose juntos con fuerza desde las nubes hasta el borde del agua, y luego volviendo a subir simultáneamente en círculos; entrelazándose y moviéndose juntos; pechuga con pechuga y ala con ala; como si les vinculara un afecto. Al mediodía, vieron los espectadores cómo la hembra conducía al macho a una cueva, y los oyeron chillar cuando él iba a acoplarse con ella. Entonces supieron que las dos aves belicosas tenían intención de anidar en la ensenada y que, por esa razón, ellos no tenían otra opción que marcharse, cosa que hizo sin demora toda la pajarería. Por la tarde, los dos halcones se divirtieron sin propósito, entreteniéndose en la ensenada de la que se habían apoderado, donde no había quedado ni una sola otra

criatura. Este hermoso lugar era como el reino de la bárbara pareja. Al ponerse el sol, el macho bajó a su compañera a la mole amarillenta, un lugar en que habían estado viviendo dos cormoranes antes de marcharse para evitar una calamidad.

Ahora, cuando el macho arrogante llevó el cuerpo de la alondra junto al nido en el promontorio, nadie pudo asistir a ello. Su compañera estaba tan adormilada, empollando, que ni siquiera pudo darse cuenta. Se hallaba medio dormida en el nido a medio hacer; el pico le colgaba sobre una ramita, y contemplaba el océano con ojos entornados. Comenzó él a despertarla. Dejó colgando las alas junto a las patas y dio una vuelta al nido, llamándola cariñosamente, haciéndole mimos y apretándose a su costado con sus hombros. De vez en cuando picoteaba la cresta, acariciándole la espalda con el sedoso plumón de su cuello. Dio cuatro vueltas en torno a ella antes de que esta se despertara del todo. Entonces levantó ella la cabeza de repente, abrió el pico y chilló. Él también emitió un chillido y dio un brinco, colocándose encima de la alondra. Le arrancó rápidamente la cabeza, tiró del plumaje con las garras y le ofreció a su compañera la carne fresca y sanguinolenta. Ella abrió el pico y comió un gran bocado con un solo movimiento. Hecho esto, volvió a reposar la cabeza sobre la ramita, extendió de nuevo el cuerpo sobre los huevos y prosiguió empollándolos a conciencia.

Fue entonces cuando empezó el halcón macho a jactarse con todo derecho; el macho ufano caminaba allá de un lado a otro de la roca ensangrentada; había allí huesos mondados bajo las patas y tiras de la piel seca adheridas a la piedra, y pequeñas bolas de carne regurgitada depositadas como provisiones para volver a ser comidas más adelante; un espantoso hedor llenaba el aire alrededor de la madriguera del depredador. Pero este solo percibía belleza en aquel terrible lugar. Su alma bárbara estaba

llena de satisfacción y júbilo por realizar plenamente el deber que su naturaleza le había impuesto.

Lo mismo que un perro se recuesta dormido frente a una fogata y tiene ensoñaciones con la caza del día, el pájaro combativo repasó la exultación y el juego de su acoplamiento, recordando mientras caminaba por entre la comida regurgitada los huevos a los que ella estaba dando vida en el nido. De vez en cuando se asomaba al borde del promontorio, hacía batir las alas contra el pecho y lanzaba un grito de arrogancia mientras contemplaba, allí bajo él, el reino que había conquistado para sí mismo y su compañera.

Se quebró inesperadamente su júbilo cuando oyó un leve sonido sobre la cima del acantilado, que procedía de la parte oriental del promontorio. Se puso erguido nada más oír el ruido, y escuchó atentamente. Tardó poco en escuchar el mismo sonido. Un temblor lo estremeció bajo el plumaje, y recorrió de arriba abajo toda la superficie de su piel; lo mismo que cuando tembló de placer descargando su fuerza sobre la alondra en la acometida mortal. Ahora el corazón le latía tan rápido como en la otra ocasión, pero no con el deseo de aniquilar atacando. Sabía que lo de allí abajo era el sonido de personas que hablaban, y se llenó de pavor.

Se dejó caer velozmente desde el promontorio y planeó cuidadosamente muy cerca de la cara inferior del acantilado. Recorrió una gran distancia en dirección oeste antes de lanzarse sobre el océano. Entonces empezó a dar vueltas y a elevarse sobre una larga borda, hasta que se perdió de vista entre las nubes. Volvió a ir hacia el este, oculto bajo la protección del cielo, hasta llegar justo encima del lugar del que procedía el sonido. Se detuvo allí y observó con temor a tres hombres que faenaban a toda prisa junto al borde del acantilado.

Habían amarrado un cabo de cuerda a un gran peñasco granítico y habían atado el otro extremo bajo la axila del

más alto de ellos. El mismo hombre llevaba un saquito marrón atado al cinto.

Cuando vio el halcón que el hombre alto era bajado por los otros dos al lado del acantilado, a una pequeña y estrecha protuberancia que estaba al nivel del saliente en que se hallaba el nido, y que allí se quedaban un momento, no le cupo duda de que los de la cuerda trataban de apoderarse de él. En consecuencia, de nada le serviría lanzar su fuerza contra el único enemigo al que temía. Por eso es por lo que se elevó otro breve rato, atormentado. Empezó a dar vueltas alrededor contemplando torturado a los hombres, sin la más mínima intención de lanzarse en picado sobre ellos.

Después de alcanzar el saliente, el hombre alto caminó hasta la punta que estaba más alejada hacia el oeste e hizo una señal a sus amigos. Estos tiraron del resto de la cuerda. Él mismo se colocó cuidadosamente, golpeó con el pie el borde del saliente y descendió por la cara oeste; la parte superior de su cuerpo colgaba de la sogá y él se iba impulsando con los pies frente a la pared desnuda del acantilado. Llegó a la parte oriental del saliente, el lugar en el que se hallaba la hembra del halcón y el nido oculto a la vista por una protuberancia de roca. Volvió a hacer una indicación a sus amigos y soltaron hacia él lo que quedaba de cuerda. Y bajó, centímetro a centímetro, apretujado contra la pared de piedra como una lapa.

El miedo abandonó al halcón cuando vio que el hombre se dirigía al nido. Se lanzó abajo como una bala para librar del mal a su compañera. Abrió las alas cuando aterrizó planeando sobre el saliente, y las mantuvo desplegadas al aproximarse a la hembra que incubaba. Le chilló tan alto como pudo, pero no consiguió captar la atención de ella. Pasó varias veces a su lado, repetidamente, llamando y gritando de modo angustiado antes de que ella llegara a escuchar la voz de él. Alzó esta la cabeza y dejó escapar un